

VIDA DE SAN RUPERTO

(VITA SANCTI RUPERTI)

de

Santa Hildegarda de Bingen

Traducción del latín: Rafael Renedo Hijarrubia (Octubre 2010)
Para Hildewardiana (www.hildegardiana.es)
2 de Febrero 2013

VIDA DE SAN RUPERTO

señor de Bingen en la diócesis de Maguncia,
según el texto de la abadesa Santa Hildegarda.

Migne: (Patrología Latina vol. 197. Paris: 1855. *Sanctae Hildegardis Abbatissae Opera Omnia*, cols. 1083-1091. La Patrología lo toma de las *Acta Sanctorum*, de los bolandistas. Mayo, Tomo III, día 15, p. 503 ss.

NB: El texto utiliza indistintamente los términos “Roberto” y “Ruperto”, nombres con la misma raíz.

EMPIEZA LA VIDA:

Primer Capítulo.

Matrimonio y viudez de Santa Berta. Piadosa infancia de San Ruperto. Su cariño a los pobres.

1. San Roberto era rico y de familia noble. De niño Dios le infundió con generosa bendición toda su gracia, que le llevó a conseguir logros extraordinarios y gratos a Dios.

Veo en visión verdadera a nuestro santo patrón Roberto con su madre en el lugar donde viven ya sin su padre. Realizan buenas obras, sirven a Dios con castidad, modestia y santidad y al mismo tiempo, alcanzan premios eternos a cambio de bienes caducos y temporales.

Diré lo que la luz viva me muestra y enseña en visión verdadera:

Allí donde haya habido auténtica santidad, la fama de santidad puede instalarse y permanecer mucho tiempo. Pero donde no la haya habido, la mentira no puede durar.

En San Roberto hubo santidad verdadera, como me mostró abiertamente la grandeza divina con la maravilla de grandes visiones, cuando fui trasladada con algunas hermanas [del monasterio de Disbodenberg (Monte de San Disibodo)] al lugar de las reliquias en Rupertsberg, Monte de San Roberto, cerca de Bingen], a fin de que quede claro para todos los que disciernen y desean saberlo.

2. El padre de la madre de San Roberto era de estirpe lotaringia y provenía de aquellos gobernantes. Tenía grandes propiedades y riquezas, no solo en su región natal, sino en los territorios vecinos, en Bingen y cerca de la ribera del Rin, y se le consideraba de los mayores príncipes de su tiempo.

Los lotaringios destacaron por su vida de verdaderos católicos, y se dieron a conocer como tales en los tiempos del emperador Carlomagno. Una muchacha que venía de regiones remotas y de familia rica se unió con él en matrimonio y fue la madre de Santa Berta. Cuando tuvieron una hija, que fue Berta, la madre de San Roberto, la dieron en matrimonio solemnemente al gobernador Roboldo, un tirano pagano pero noble y de gran dignidad; por aquel entonces todavía coexistían paganos y cristianos y la fe era rudimentaria.

Por su noble condición, y gracias a sus extensas posesiones, dieron en dote a su hija las tierras que tenían en Bingen, cerca del Rin. Roboldo pudo haberse convertido al cristianismo ya que al vivir con Berta honorablemente durante algún tiempo, pudo haber adquirido para sí honestas costumbres, dignamente admitidas, pero no lo aprovechó. No dejó sus costumbres paganas de unirse a mujeres extrañas y guiándose por convicciones de los infieles, no quiso el bautismo.

Por lo cual su santa esposa tenía su corazón atormentado y ofrecía a Dios que si le libraba de él, no se casaría con otro hombre; y por eso ofrecía alabanzas a Dios suspiros, lágrimas, oraciones y limosnas y decía:

-¡Ay! ¿Cuándo seré liberada de los asuntos del mundo, que son prisión amarga para mi alma y mi cuerpo?

Pero aquí hablamos más de su buen corazón que de su santidad, igual que cuando decimos "Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra la paz a los hombres de la buena voluntad" (Luc. II, 14). Berta concibió y parió un hijo y lo envolvió en pañales, si se me permite decir, como la Virgen Madre de Dios envolvió al suyo en pañales.

El padre de Roberto, poderoso con todas las glorias del siglo, como ya se ha dicho, tenía mucho poder. Tenía una fortaleza muy abastecida en aquella montaña que llaman Lubun, desde donde ejercía el gobierno de toda la provincia casi hasta Maguncia. Y cuando el san Roberto tenía tres años, su padre murió ante Dios y de los hombres mientras mantenía grandes combates contra los cristianos. Su esposa, Santa Berta se quedó viuda.

3. Viéndose libre de la sujeción del marido y de las inquietudes del mundo, Berta abandonó el campamento y se refugió en un lugar situado sobre el río Naha, donde ahora se conservan las reliquias de san Roberto, y allí construyó una iglesia.

Renunció a las alhajas y vestidos suntuosos y en adelante no atendió la dignidad de su alcurnia y riquezas sino que, vestida con trajes gruesos y de penitencia y ceñida con un cingulo, eligió vivir el resto de sus días al servicio de Dios y su viudez en continencia.

Mucho después, también se reunieron allí hombres buenos de otros lugares que se quedaron en este lugar; se mortificaban con vigiliias y ayunos y también con oraciones y con limosnas. Diariamente servían a Dios y ella fortificaba a su hijo con el buen ejemplo de la santidad.

Como temía que su hijo, pudiera inclinarse a los placeres del mundo a causa de sus parientes y amigos y no quería que esto sucediera, se lo pedía a Dios día y noche. Gran número de potentados que lo mismo honraban a Cristo como servían a los ídolos, la fastidiaban y la acosaban con cuestiones mundanas y carnales, como riquezas y haciendas deseables, pues ambicionaban unirse con ella en matrimonio.

Berta rechazaba a todos con la misma determinación y voluntad, pues realmente solo deseaba complacer a Dios, y trabajaba para llevar a su hijo más a la gloria de Dios que a los honores del mundo. Y mientras, veía brotar en su hijo las buenas virtudes y la buena esperanza en la vida celestial, y lo veía más dispuesto a las cosas eternas que a los bienes caducos. Y gozaba por los muchos dones del Espíritu Santo que veía en él.

4. Cuando San Roberto era niño se alimentaba de leche y no tenía las malas costumbres de llantos y berrinches de la infancia. En sus costumbres se apartaba de la leche de la infancia y se encaminaba hacia Dios con la más firme determinación .

Por lo cual su padre, le odió mientras vivió y muchas veces decía incluso que era tonto e insensato. Pero quienes adoraban a Dios con fe recta le querían mucho desde niño por su bondad y consideraban que sería santo en el futuro, aunque ellos aun no lo supiesen.

En efecto, el Espíritu Santo, que derramó su gracia sobre el Patriarca Jacob estando en el seno de su madre, también había inspirado a aquel niño; Dios protegió las maravillas que hizo en ellos, y tuvieron plena conciencia antes de consolidar la debilidad de sus venas y su médula.

Dios amaba a Jacob antes de que naciera con toda la bendición de la tierra fecunda (es decir de la buena voluntad), e inspiró el mismo ánimo a San Roberto desde su infancia. Dios previó que la tierra sensible de este niño anhelaría a Dios, y como desde entonces comenzó a mostrar en sus costumbres que estaba empapado de este sentimiento, le estimaban mucho todos los que le veían. Así como el rocío lleva fecundidad al grano, así también en todas partes donde hay bondad en un hombre, se encienden de amor a él los buenos deseos de los demás hombres. Cuando el joven Roberto tenía siete años, deseaba aprender las letras que le enseñaba su madre, pero no quería ser clérigo, sino ocupar el puesto de su padre como gobernador de la provincia para defender la

Iglesia. Era misericordioso con los pobres y estaba lleno de gracia del Espíritu Santo, de la misma manera que las pasiones del hombre se reprimen con los que le sirven.

Siguiendo sus costumbres juveniles, allí donde encontraba pobres pequeñuelos se los presentaba a su madre, y la decía:

-Madre, he aquí a tu hijo-, y ella respondía recibéndolos benignamente:

-Hijo mío, hermanos tuyos son.

Educado conveniente y honestamente y progresando en sabiduría ante Dios y los hombres, llegó a la juventud con santas costumbres y virtudes, ungido con el óleo de la santidad, igual que David, que aunque viviera corporalmente rodeado de honores, con el óleo de la alegría desdeñó la gloria del universo entero delante de sus compañeros [Sal.44, 8]. Roberto vivía sus buenas y santas costumbres, frecuentaba continuamente la iglesia con piadosas oraciones, aprendía los libros sagrados, y confiaba en adquirir buen conocimiento y piadosos estudios.

5. Cuando llegó a los doce años su madre le dijo:

-Hijo mío, puesto que tenemos muchos recursos y riquezas, ofrezcamonos a erigir un lugar de oración para gloria de Dios y salvación de nuestras almas- Pero Roberto replicó:

-No, madre mía, antes tenemos que oír el Evangelio; y el profeta dice: "Parte tu pan con el hambriento, y recibe en tu casa al pobre sin techo" (Isa. LVIII, 7). Y en otro sitio dice: "Cuando veas a un desnudo, cúbrelo, y no te apartes de tu carne" (ibid).

Ante lo cual, al oírlo su madre se alegró mucho de que su hijo la diera un consejo tan valioso. Gracias al Espíritu Santo, aquel hombre joven destilaba como bálsamo buenos y santos deseos en su alma. Antes de dormir, Berta rumiaba de qué modo podrían poner en obra las cosas que le había dicho el hijo.

El Espíritu Santo infundió a Roberto un sueño en el que vio a un anciano de hermosa cara que lavaba a unos chicos en agua clara y después los introducía en un huerto con toda clase de flores y con los árboles más hermosos y aromas de todas las especias, y los vestía con túnicas blancas.

San Roberto, cautivado por aquel lugar, dijo suavemente al anciano:

-Quiero quedarme aquí.- A lo que el anciano contestó:

-Aquí no te quedarás así, porque en el cielo, donde serás compañero de los ángeles, te prepararán una escala fecunda. Por eso no seas perezoso en conseguir lo que has dispuesto para los pobres, y cuando des sustento y vestido a los pobres serás alimentado con la comida de la vida. Y te podrás poner encima la ropa que Adán perdió por desobediencia. Tu puedes escoger la mejor parte mientras tu alma esté peregrina en la tierra.

Después de que se le reveló lo que había visto en sueños, el joven San Roberto, se lo contó a su madre que muy complacida, oraba a Dios de rodillas diciendo:

-Señor, Dios mío, colmas mis deseos respecto a mi hijo

Y luego, la madre y hijo, amparaba a los pobres y desnudos en ciertos habitáculos construidos junto a su casa cerca de la ribera del río, a los que alimentaban y vestían dos fieles y santos varones. Uno de éstos, llamado Wigberto, les servía como sacerdote pero el otro no estaba instruido. San Roberto, a pesar de su edad y su condición de noble, muchas veces lavaba por amor a Cristo los pies de los pobres y con frecuencia les preparaba el dormitorio. Así sirvió a Dios fielmente hasta que cumplió los 15 años.

Capítulo 2.

Peregrinación a Roma. Deliberación sobre su estado de vida

6. Como la pompa del siglo y las muchas riquezas de la familia le arrastraban al mundo, comenzó a preocuparse por sí mismo, al modo de San Alexio que dejó padre, madre, casa y riquezas apartándose del mundo. Roberto eligió imitarle absolutamente en todo para poder servir a Dios en paz y libremente.

Su madre, al darse cuenta por indicios, aunque él se lo hubiera ocultado, le decía entre lágrimas:

-Hijo de mis entrañas acuérdate y escucha el lamento de tu madre viuda. Mira a tu familia que solo confía en ti y no nos dejes con una pena intolerable; podrás dar lo que te plazca de nuestras riquezas a los pobres y necesitados y a todos los indigentes. ¿Y que es mejor y más útil para ti que servir a Dios así?

Su madre le hablaba con muchas lágrimas y gemidos, y el corazón del joven estaba sumamente agitado. En ese mismo lugar y época, algunos nobles, tanto parientes como extraños, venían a decirle:

-Tú que tienes tantos honores, señorío, riqueza y posesiones, ¿por qué te vuelves tan despreciable?

Con éstas palabras y otras comparaciones le denigraban diariamente, atacándole para ver si sus buenas intenciones podían apartarle del buen camino, por lo que Roberto dijo decididamente a su madre:

-Por sugestión del diablo, que mira mi elección de vida con malos ojos, los asuntos del mundo me están entorpeciendo, y sin querer voy por la senda de mi padre. Por eso quería yo ir en peregrinación a poder servir libremente al único Dios.

Su madre, que tenía toda su esperanza en Dios antes que el miedo la angustiara y abrumara, temiendo que la nobleza de la estirpe atrajera a su hijo y lo arrastrara al mundo, y prefiriendo estar privada de heredero a que su hijo se enredara con seducciones mundanas y sirviera al diablo, le dijo con tanto dolor como era capaz de tener:

-Hijo mío, puesto que te veo alterado por muchos consejos, haz lo que tu quieras y marcha a hacer esa peregrinación que hace tiempo deseabas hacer- Y le dijo:

-Tu eres el único extranjero en Jerusalén” (Luc. 24, 18) Ponte en tu camino, y que [Dios] te devuelva incólume a mí para mayor gloria de su nombre.

De acuerdo con la voluntad de su madre, Roberto y algunos de sus hombres emprendieron peregrinación a los sepulcros de los Apóstoles Pedro y Pablo.

Cuando lo vieron los hombres de su región se admiraron en su interior y dijeron: He aquí un hombre noble. Su rostro resplandecía de benignidad pues la gracia del Espíritu Santo se había derramado sobre él, y por ello los hombres lo amaban con el abrazo de la caridad. Porque, así como cuando no hay nubes una estrella aparece iluminada y clara, así también se observa la bondad en la cara de un hombre que tiene familiaridad con el Espíritu Santo. Y cuando San Roberto se encomendó a Dios por [intercesión de] los méritos de los Apóstoles Pedro y Pablo, permaneció allí [en Roma] algún tiempo.

7. Una vez hecho esto, algunos religiosos de aquella región cuyo trato y conversación cultivaba, le preguntaron y él les abrió lo que llevaba en su corazón. Éstos le daban el consejo de que atendiera lo escrito en el Evangelio:

-Anda, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres, luego ven, y sígueme. (Mat. XIX, 21), ya que las peregrinaciones son buenas y útiles, pero no te privarán de la riqueza de ser noble.

El se sometió a su consejo y determinó en su alma que se comportaría así. Cuando por fin volvió con su madre hizo edificar en sus tierras, que eran extensísimas, villas e iglesias en los lugares donde no las había, y las distribuyó entre sus hombres mientras permaneciesen en el lugar, para ayudar también a su madre y a cuantos viniesen allí a vivir y tuvieran necesidad.

Roberto pensaba dejar el ducado, el gobierno, su madre y sus posesiones y hacerse peregrino por el nombre de Cristo. Porque las posesiones que por derecho hereditario había recibido de su padre, su madre y otros parientes, alcanzaban hasta el lugar donde [luego] dejaron sus reliquias, es decir: Desde donde el Nava desemboca en el Rin, ribera arriba del Rin y se extendían sin interrupción hasta el río Selsa y los otros dos ríos, el primero es el Wiza, el siguiente el llamado Apsa, y mas allá de Naha, en el río llamado Elram, que allí mismo asciende por medio de los tres afluentes de esa denominación y de ahí, por el Bosque Sane, se dirige a Simera donde el río llamado Heienbach, desemboca en el Rin y hace un meandro.

8. Por aquella época el alojamiento de San Roberto y su madre estaba en ese mismo lugar a causa de la suavidad de los afluentes que desembocaban allí donde después fueron halladas las reliquias. Su comunidad estaba situada en aquel lugar, con edificios de construcción muy fuerte, y se extendía por la llanura adyacente. [por un lado] hasta el pie de la montaña cercana y [por otro] hasta la orilla del Rin. Pero la ciudad estaba al otro lado del río Naha, y en ella estaban las

casas de los criados y los pescadores, los establos de los caballos, los silos donde se almacenaba el grano y los lagares donde se exprimía el vino.

Esos lugares eran muy apreciados, de mucha celebridad y mayor abundancia de riquezas; dignos del mayor respeto por la gente importante de la época y por ello no solo era una de las ciudades más poderosas de la región, sino que era lugar de encuentro y tránsito de muchos hombres de diversas provincias que asiduamente la frecuentaban.

9. Finalmente, cuando San Roberto llegó a la edad juvenil, es decir cuando llegó a los veinte años, muchos de sus parientes y criados lo arrastraban a las vanidades del mundo aunque él se mostraba renuente, y los rechazaba lejos de sí con palabras amables y correctas porque ardía en amor de Dios. Dios, que sabe todo tanto del futuro como del pasado y el presente, había previsto para él otra cosa. Había previsto que se lo llevaría en el momento en que creciera en santidad, como un árbol lleno de frutos y exquisitos por naturaleza, para que su alma pudiera crecer en santidad con generosidad, e invirtiera en los demás las riquezas mundanas contra su propiedad (al modo como hacen frecuentemente algunos hombres que empezaron obras buenas, y después estuvieron ansiosos [de terminarlas].

Finalmente la madre del joven San Roberto, que servía devotamente a Dios con obras buenas y santas en la continencia de la viudez, vio en sueños una revelación divina: Se la desprendió una costilla de su costado. Muy asustada, tuvo frecuentes y densos gemidos y frecuentes suspiros del corazón y no mucho tiempo después, padeció realmente esos dolores. Su hijo San Roberto que había prometido dedicarse a Dios en cuanto dejara atendida a su madre, comenzó a tener grandes fiebres.

10. El anciano que había visto antes en los sueños se le apareció en su enfermedad y le dijo:

-Yo soy el anciano de tiempos antiguos, que me aparecí a Daniel en visión nocturna. Y ahora también me manifiesto a ti, y te llamo a la gloria de la felicidad suprema infinita; pues en verdad te mostré con anticipación el jardín en el que antiguamente te mostré las buenas y santas obras que has hecho.

Cuando Roberto despertó de su sueño, asustado por la tristeza y el miedo, porque libremente había acabado lo que a Dios había prometido, refirió a su madre lo que había visto. A ella la golpeó inmediatamente una pena más grande con grandes gemidos y penas; y al oírla, Roberto tuvo la misma conmoción.

De este modo, después de estar enfermo treinta días, Dios lo sacó de esta vida en su vigésimo año de edad, después de una buena confesión y con temor de Dios, para que en edad más

avanzada no siguiese los caminos de su padre, porque El que conoce todas las cosas, en su presciencia previó llevárselo.

En efecto, Dios lo predestinó y lo sustrajo de esta vida lleno de claridad e inocencia. Fue sepultado en el templo que él y su madre habían construido junto al río, en la comarca que hemos dicho, con la máxima concurrencia de gente de toda la región. Ciertamente había quienes lloraban porque se les había arrebatado en plena juventud, pero otros se alegraban por él, porque los milagros que Dios había hecho a través de él habían iluminado toda la región como el sol ilumina el día.

En efecto, durante ocho años Dios había hecho muchos signos y milagros por intercesión de su santo hijo amado en aquel lugar a los enfermos, cojos y cautivos; de tal modo que quien estaba atormentado por tribulaciones, llegaba a su tumba y se libraba de ellas por la gracia de Dios.

11. Después de la venturosa muerte de su hijo, Santa Berta, viuda elegida de Dios, llevó sin interrupción vida santa con gran sentimiento. Puso al servicio de Dios todo lo que tenía en el sepulcro de su hijo y aprovisionó completamente de todo lo necesario a la congregación de los hermanos que allí servían a Dios con ceremonias religiosas.

Después de la muerte de su hijo, durante veinticinco años de vida realizó piadosamente, con justicia y toda bondad muchos trabajos por amor a Dios con ayunos, limosnas, y oraciones. Después, corroída por la enfermedad, entregó el alma que siempre había estado atenta a los deseos del cielo. Regresó a Dios y fue sepultada en paz y con honor en la tumba de su hijo, en las referidas posesiones.

12. Muerta ella, dicho lugar persistió en paz y fama de santidad hasta el dominio de los normandos. Pero aquellos años terminaron después del tránsito feliz de Santa Berta. Por juicio de Dios, la tribu de los normandos salió de sus límites y devastó muchas ciudades próximas al curso del Rin. También destruyeron Tréveris [año 882] y así avanzando, cayeron sobre la ciudad [Bingen] de Roboldo, padre de San Roberto, donde el río Naha confluye con el río Rin, como anteriormente se ha explicado, y también la aniquilaron por la ruina y el fuego.

Cuando por fin fueron rechazados aquellos criminales, depusieron su furia y regresaron hacia sus tierras, los habitantes que anteriormente vivían en ese lugar y que habían sobrevivido dispersos en diversos escondrijos, vieron la destrucción de su ciudad y se construyeron casas en la otra orilla del río Naha, bajo la protección de las orillas de los ríos y de las montañas adyacentes. Y se llevaron al sitio que ahora habitan todas las maderas, piedras, material para

cimientos y otros utensilios del antedicho lugar destruido que pudieron llevar a la otra orilla del Naha,

Y así el lugar inicial, que no hace mucho era influyente por lo numeroso de su población, la elevación de los edificios y la cuantía de sus riquezas, quedó abandonado y en épocas posteriores cayó en la mayor desolación. Extranjeros y enemigos destruyeron todas las haciendas que San Roberto había heredado, hicieron imposible usarlas y nada quedó sin destruir salvo la iglesia, en la que como antes se ha dicho descansa junto a su madre el elegido de Dios, y así ininterrumpidamente hasta nuestros tiempos.

Y así también, cuando nosotras llegamos a ese lugar, nuestros ojos divisaron la iglesia como una señal de Dios, además de unas pocas viñas que pertenecen a la iglesia, compradas por Hermannus, obispo de Hildesheim y su noble hermano a través de Bernardo que escribe esta crónica.

NOTA El obispo Hermannus gobernó la iglesia de Hildesheim desde el año 1160 hasta el año 1174, en que vuelto de Palestina murió en Italia.